

Las ciudades se salen del marco

SERGIO VODANOVIC

13-3-97

Guatavita era un villorrio cercano a Bogotá cuyos sencillos y modestos pobladores se dedicaban a cultivar hortalizas y criar animales. Un buen día, las autoridades decidieron que era necesario construir un gran embalse y, buscando el lugar adecuado para ello, hubo consenso en que, por razones geológicas, ese lugar era el emplazamiento donde se asentaba Guatavita. ¿Pero qué hacer con el pueblito y sus habitantes, que quedarían sumergidos en las aguas de la nueva represa? Los arquitectos urbanistas dieron de inmediato con la solución: se construiría en las márgenes de la represa un pueblo modelo, equipado con todo lo que era necesario para una localidad rural, y ahí se trasladarían los habitantes del antiguo villorrio, que así tendrían una vida más digna y mejor.

Así se hizo. Se construyó con sólidos materiales un nuevo poblado, todo pintado impecablemente de blanco, con casas que correspondían a las necesidades de los guatavitenses previamente encuestados, almacenes, una iglesia, un centro cívico y también una casa de la cultura. Terminada la

construcción del nuevo pueblo y la nueva represa, se procedió al traslado de los habitantes y a llenar de agua la represa. Todo anduvo bien por un par de años, hasta que de pronto comenzó una extraña emigración a las márgenes del nuevo pueblo, donde sus habitantes construyeron frágiles moradas, pero donde estaban sumidos dentro del paisaje campestre que les era propio, donde podían tener sus gallineros y criar sus cerdos sin ensuciar las paredes y las calles de la Nueva Guatavita. Al poco tiempo, la ciudad ideada por los arquitectos fue quedando vacía, y hoy subsiste como un foco de atracción turística donde los curiosos se pasean y observan las casas vacías, el teatro que nunca tuvo una representación, la iglesia con escasos fieles.

He recordado el caso de Guatavita cuando escucho a mis amigos arquitectos, todos talentosos profesionales, despotricar sobre lo inviable que se ha convertido hoy



Santiago y dar sus ideas de cómo reconstruirlo para hacerlo una ciudad ideal. Yo los oigo escéptico porque creo firmemente que el desarrollo y crecimiento de las ciudades no es planificable, que se produce ante cambios impredecibles de la conducta y necesidades de sus habitantes.

Si hace 50 o más años se

hubiese dejado chipe libre a los urbanistas para planificar Santiago, seguramente habrían proyectado una ciudad que no tendría semejanza con la que ahora habitamos los santiaguinos. ¿Habrían tenido la imaginación para crear los malls, donde parte importante de la población hace sus compras o simplemente se divierte vitrineando? ¿O los "food courts"? ¿O los edificios de departamentos que ahora llaman "inteligentes", con salas de videos, salas de fiesta, gimnasios? ¿O los multicines de poca capacidad que

han reemplazado los amplios bodegones que cobijaron nuestras matinés y populares de los años adolescentes?

Cuando hago presentes estas dudas a mis talentosos amigos arquitectos, me replican que lo que habrían planificado y construido en todo caso significaría hoy una ciudad más amable y hospitalaria que la que actualmente tenemos, pero

yo sigo desconfiando de ese "debe ser" que siempre entra en conflicto con una realidad con motores más poderosos que los que proveen la ética y la estética.

Una amiga arquitecta, que trabaja como tal en las Naciones Unidas, me contaba de un reciente viaje que había hecho a Albania. Estaba escandalizada porque en cuanto cayó el régimen comunista, se terminó con la estricta planificación a que estaban sometidos los albaneses y, como resultado de ello, ahora no había calles derechas en Sofía, pues los nuevos propietarios ampliaban sus casas invadiendo las calles y edificaban en cuanto solar previamente expropiado les devolvían, aun cuando ese solar fuese actualmente el patio de una escuela. Cuando se les advertía de los problemas urbanísticos que se estaban suscitando, los albaneses respondían: "Ahora somos libres. Hacemos lo que queremos".

Ese caos urbanístico, que también es el de Santiago, es el precio de la libertad. Yo lo prefiero al ordenado rigor de la planificación. Y en Guatavita pensaron igual.